

1. Empezar a ir a la escuela: ¿Qué se siente?

Es una equivocación muy corriente pensar que, si un niño está "como si nada" cuando sus padres le dejan o cuando él se aleja de sus padres, es que se ha adaptado bien al hecho de la separación. El niño que realmente se adapta bien es el que se siente triste, solo o enfadado, se permite a sí mismo dar rienda suelta a esos sentimientos, y los expresa consecuentemente. (Furman, 1974, pg. 16)

¿Cómo se siente un niño* cuando va al colegio por primera vez?

¿Cómo se sienten sus padres?

¿Qué sienten los profesores esos primeros días?

Todos –niños, padres y profesores– experimentan un sinfín de sentimientos el primer día de colegio o de guardería. Ver la naturaleza de estos sentimientos puede ayudarnos a matizar nuestra perspectiva.

¿Cómo pueden sentirse los niños?

Separarse de los padres o de la persona que les ha cuidado, suele hacer infelices a los niños, que normalmente se sienten abandonados.

* Para que la lectura del texto resulte más sencilla se ha evitado utilizar conjuntamente el género femenino y masculino en aquellos términos que admiten ambas posibilidades. Así, cuando se habla del «niño», se entiende que se refiere al niño y la niña, y aludir a la «maestra» no excluye –aunque en esta etapa educativa sean minoría– la existencia de maestros. “Padres” significa “padres” y “madres”.

dos, apartados, sin nadie que les quiera. A menudo se atemorizan, se enfadan; a veces lloran, chillan, tiran cosas, pegan a otros niños, intentan pegar al profesor, muerden, patalean, se tiran al suelo y tienen rabietas.

En otras ocasiones la reacción es muy distinta: una niña entra en el aula como si hubiera estado antes allí un centenar de veces y estuviera habituada al lugar; juega con el material, con los otros niños, se despide alegremente de su madre cuando ésta se va y habla amigablemente con el profesor. "¡Qué encanto de niña! -pensamos-. Se ha separado de su madre con naturalidad y se ha integrado plenamente". Pero, de repente, un día su madre se va como de costumbre y la niña estalla en un mar de lágrimas, nadie consigue consolarla y no quiere tomar parte en ninguna actividad. Su comportamiento es totalmente inesperado, y los profesores se quedan desconcertados y frustrados.

Otros niños esconden sus sentimientos. Son callados y no se hacen notar; parecen seguir el ritmo de la clase porque no causan problemas, no son presuntuosos y parecen bastarse a sí mismos. Sin embargo, una mirada más atenta puede descubrirnos que, en realidad, no sienten un interés particular por aprender ni por los demás niños. El profesor podría pensar que está así porque tiene poca predisposición o porque su carácter es un poco melancólico, pero su padre le dirá que en casa no se comporta de ese modo. Esos niños están físicamente en el colegio, pero psicológicamente continúan en sus casas.

Con frecuencia reaccionan ante la novedad y la extrañeza que les causa un lugar que no les es familiar. Algunos se agitan y corren de un lado a otro curioseando, señalando, tocando y mirando. Otros, en cambio, parecen incómodos, se retraen y exploran sólo con los ojos, mientras sus cuerpos permanecen quietos. Pero no a todos los niños les afecta de esta manera entrar en la escuela. Algunos caminan llenos de seguridad y se comportan como si conocieran el lugar. Para ellos el primer día de colegio puede ser el colofón de algo que han estado esperando con ilusión todo el verano, o el comienzo de una aventura que aguardaban con impaciencia, tal vez incluso compartida con algún hermano mayor. Algunos puede que ya estén acostumbrados a ir a la guardería desde hace tiempo, aunque esto puede también cau-

sar el efecto contrario en los que no asimilaban bien sus sentimientos de separación en la verdadera "primera vez". Hay quienes parecen disfrutar con la novedad de la situación, por la ilusión de estar con otros niños de su misma edad y tener objetos nuevos con los que jugar. No obstante, la mayoría responden marcadamente, de un modo u otro, ante un entorno nuevo, aunque esta reacción pueda no detectarse. Los niños realizan un gran trabajo mental y emocional para asimilar una situación desconocida.

Al entrar en un aula nueva, necesitan hacerse una idea tanto del entorno físico como del entorno humano que les rodea. El profesor se convierte en objeto de inmenso interés y curiosidad, y se preguntan: "El profesor, ¿habla mi mismo idioma?, ¿es de mi mismo color?, ¿me resultan familiares sus gestos?, ¿sus reacciones ante mis comportamientos son las mismas que las de mis padres?"

Todo esto contribuye a que los niños se sientan extraños, o cómodos, porque los pequeños tienden a definir el mundo de los adultos según los parámetros de comportamiento de sus propios padres, y a menudo esperan que todo el mundo se comporte como ellos lo hacen. Por ejemplo: si mamá se va todas las mañanas a toda prisa para tomar el autobús y papá prepara el desayuno cantando, lo más probable es que piense que todos los padres hacen lo mismo por las mañanas. Si mamá no le deja jugar con el agua en el lavabo, el niño creerá que ninguna madre autoriza ese tipo de juegos, y se sorprenderá mucho cuando otra mamá, o la maestra, se los permitan. En resumen: los niños llegan al colegio con una serie de expectativas acerca de los adultos que han ido construyendo a partir de sus propias experiencias personales. Se necesitará tiempo y experiencias nuevas para enseñarles que los adultos se comportan de muchas maneras diferentes.

Como entran al colegio con estas ideas preconcebidas sobre los adultos, pueden llegar a sentirse muy incómodos cuando empiezan a notar que el profesor no es igual que papá, mamá o la abuela. A lo mejor el profesor dice que jugar con agua o hablar mientras comes, o ensuciarse las manos con pegamento, está bien. Los niños necesitan tiempo para incluir este nuevo tipo de adulto en sus esquemas mentales, para diferenciar entre lo que pasa en casa y lo que pasa en el

colegio; necesitan tiempo para acostumbrarse al profesor, aprender lo que significan los distintos tonos de su voz y lo que pueden esperar de él en las distintas situaciones, para establecer las diferencias entre el comportamiento de sus padres y el del profesor. Si el maestro es una persona benigna y cariñosa, el pequeño será capaz de transferir sus sentimientos básicos de confianza de casa a la escuela (Erikson, 1963).

Sin embargo, hasta que el niño sienta esa confianza, el profesor y toda la escuela continuarán siendo cosas extrañas. El proceso gradual, en el que día a día la familiaridad irá reemplazando al desconocimiento, empieza con la relación entre niño y maestro. Por lo general, a medida que los niños van percibiendo al profesor de una manera más confiada, van extendiendo sus relaciones con el entorno físico y con los otros niños de una manera más abierta. Sentirse a gusto con el profesor, es la base que les permite sentirse a gusto con el resto de la clase.

Las investigaciones han puesto de manifiesto un proceso similar en los bebés (Bell, 1970). Al parecer, éstos necesitan saber que las personas son dignas de confianza, que están ahí y que ahí permanecerán. Poco a poco aprenden que mamá no se ha ido cuando está fuera de su campo visual. Después, los bebés pasan a ser capaces de aplicar este concepto a los objetos físicos de su entorno. A través de relaciones humanas íntimas y consistentes, se ponen en contacto con los grandes mundos físico y humano.

Los niños pueden sentirse extraños en un grupo diferente a su grupo familiar, donde disfrutaban de un status especial. En la escuela, en cambio, poca gente sabe cómo se llaman, lo que les asusta, lo que les reconforta, si les gusta el helado de vainilla o el de chocolate. Nadie les quiere -o no les quiere- de manera especial. En este grupo no tienen un puesto natural, como tienen en casa; aquí se lo tienen que ganar a través del comportamiento. Esto, aunque tal vez no lo sepan todavía, quizás lo sientan.

Pueden preocuparse porque creen que nadie les cuidará, porque no sabrán volver a casa, porque no encontrarán a sus padres o porque éstos no les encontrarán a ellos. Cuanto más pequeño sea el niño, más profundos serán esos miedos. Algunos investigadores han llegado

a la conclusión de que hasta que no alcanzan la edad de tres años, son incapaces de mantener una imagen interior estable de sus padres cuando éstos no están presentes (Mahler, Pine y Bergman, 1975). Explicarles o decirles dónde están sirve de muy poco con los más pequeños, hasta que adquieren confianza con el adulto nuevo.

El modo en que los niños se toman la separación puede venir determinado por el estilo particular de cada familia. Algunas son muy gesticulantes y actúan de manera muy efusiva en las despedidas y otros acontecimientos emotivos. Otras, por el contrario, son más reservadas, y al no manifestar sus sentimientos tan abiertamente pueden comportarse durante los acontecimientos más significativos con aparente compostura.

¿Cómo pueden sentirse los padres?

Los maestros dicen que, a veces, no es el niño, sino los padres, quienes tienen problemas con la separación. Sin duda, los sentimientos del niño están íntimamente ligados a los de su padre o su madre. Los padres pueden sentir emociones muy diversas cuando llevan a sus hijos al colegio por primera vez. No se puede comprender cómo se siente un niño sin ser al mismo tiempo consciente de cómo se siente su madre o su padre; empezar el colegio es un acontecimiento significativo para todos.

Los padres se preguntan: ¿Será capaz realmente el maestro de cuidar de mi niño? ¿Le entenderá cuando le pregunte? ¿Le caerá bien? ¿Qué hará si el niño se porta mal? Y, mi hijo, ¿hará que me sienta orgullosa de él? ¿Contará cosas privadas de la familia? ¿Qué pasará si se lastima en clase? ¿Puedo realmente confiar en la maestra? Dudas como éstas hacen que para muchos padres resulte difícil dejar a sus hijos al cuidado de un profesor.

A los padres les puede preocupar si el niño se llevará bien con el profesor, o cómo se comportará cuando esté lejos de la guía paterna, de su control y sus cuidados. Estos sentimientos son especialmente fuertes en los casos de padres que no han dejado nunca antes a su hijo fuera de casa. Si ya es el segundo o tercer hijo la cosa suele ser

menos preocupante, aunque no siempre. Hay padres que esperaban que la separación sería menos dolorosa con el segundo o tercer hijo y luego, en cambio, no fue así. La cuestión depende más de la personalidad del niño y de la relación con sus padres que del orden que ocupa en la familia. Estas preocupaciones pueden nacer de una cierta ambivalencia de los propios padres. Éstos, por una parte, quieren que sus hijos vayan al colegio porque así tendrán tiempo para sí mismos o para su trabajo, un tiempo que es realmente precioso; a veces se diría que quieren “librarse” de los niños, y en secreto esperan volver a disfrutar de la vida como era antes de tener hijos. Por otra, sin embargo, también quieren a sus hijos y desean tenerlos cerca, protegerles y asegurarse de que todo va bien. Esta ambivalencia de sentimientos resulta, con frecuencia, incómoda para los padres; cuando empieza el colegio pueden llegar a preocuparse excesivamente por los niños, como para ocultar -ocultarse a sí mismos- que se alegran de recuperar su libertad.

Pero las preocupaciones paternas pueden tener también otras causas. La capacidad y competencia del maestro, por ejemplo; al fin y al cabo, éste es un desconocido, y no resulta fácil dejar a un hijo al cuidado de un extraño. ¿Por qué tiene una madre que confiar en una institución que no conoce? ¿Por qué tienen los padres que dar por sentado que el maestro cuidará de su hija como ellos lo harían? Para alejar estas preocupaciones necesitan pruebas palpables de que sus niños están en buenas manos.

Los celos a veces también influyen. Muchos padres temen que la nueva situación pueda llegar a ser fuente de conflictos: “Imaginate que la maestra cuida de Eddie mejor que yo” “¿Qué pasará si Dolores quiere más a la maestra que a mí?”. Pero, en realidad, lo que más temen los padres es que se les vea como “malos padres”, pues a menudo creen que el maestro les juzgará a través de su hijo: “¿Qué pasará cuando el maestro descubra que el niño se chupa el dedo, moja la cama, dice palabrotas, muerde, es desobediente?” “¿Y si resulta que Pedro no resulta a ojos de la maestra tan creativo como lo veo yo?”.

Es más fácil comprender algunos de estos sentimientos cuando se examinan a la luz de las experiencias que los padres hayan podido tener cuando eran niños; a menudo, lo que sienten ahora hacia los

profesores nace de esas experiencias pasadas, y ese sentimiento aflora a principios de curso, cuando recuerdan cómo fue para ellos su llegada al colegio y su separación. Cuando llevan a los hijos al colegio por primera vez, el miedo, la ansiedad, la preocupación y la incomodidad se mezclan con las expectativas y las ilusiones. “Me sentí bien -dijo cierto padre durante una reunión- cuando Jorge empezó en este colegio porque no tenía que preocuparse por llegar tarde. Cuando yo empecé siempre me angustiaba por ser puntual, y si llegaba tarde el profesor se enfadaba. Aquí, en cambio, no tienen que agobiarse por la puntualidad.”

UN SONDEO INFORMAL SOBRE QUÉ SIENTEN LOS PADRES

Envié un cuestionario a un grupo de cuarenta y cinco padres, cuyos niños, entre los diez meses y los cuatro años, iban a tres guarderías diferentes. Entre los padres había negros, hispanos y blancos, desde obreros asalariados a médicos y abogados. Les hice tres preguntas:

- ¿Qué sentiste cuando supiste que tu hijo tendría que ir ya a la escuela infantil o a la guardería?
- ¿Cómo te sentiste el primer día que le llevaste allí?
- ¿Cómo te afectó tener que separarte de tu hijo y dejarlo al cuidado del maestro, después de pasadas algunas semanas?

De los veintidós que respondieron, muchos reconocieron haber experimentado sentimientos confusos el primer día de colegio; aunque por un lado se sentían bien, pues sabían, directamente o a través de amigos, que la escuela era un lugar de confianza, por otro se sentían inquietos, por muy variadas razones.

A algunos les preocupaba abandonar a sus hijos:

- ¿No será muy pequeña, todavía, con sólo catorce meses? Cuando nos separemos, ¿se deprimirá? ¿Se volverá excesivamente mimosa?
- Lo primero que pensé fue que tendríamos que pasar separados varias horas al día.
- Me sentía perdida y triste, porque se hacía mayor y se alejaba de mí.
- ¿Se acostumbrará a no tenerme cerca?

A otros les preocupaba el comportamiento de los niños:

- ¿Se portará bien?
- Pensaba, sobre todo, en cómo se portaría, cómo reaccionaría cuando le mandaran hacer algo, cuando le dijeran que se sentara con los demás niños. Lo que más me preocupaba era que se comportara correctamente.

Aunque muchos padres decían que les parecía muy bien que su hijo empezara el colegio, alguno comentó: "Bueno, yo no me sentía precisamente feliz; aparte de cuando le dejaba con mi familia, era la primera vez que mi niña iba a estar lejos de mí durante gran parte del día". A la hora de describir sus emociones en el momento de llevar a los niños al colegio, los padres usaban palabras como "nervioso, ansioso, triste, preocupado o tenso". Todos, menos uno, admitieron haberse sentido así. Dos dijeron haber estado más nerviosos ellos que el propio niño; algunos admitieron haberse sentido *perdidos*, reconocieron que el momento era *crucial* y que había sido "un gran cambio el que la niña empezara a crecer lejos de mí".

Otros padres reconocieron haberse entristecido:

- "Me resultó muy duro marcharme, tenía los ojos llenos de lágrimas".
- "Echaba mucho de menos a mi niño, y me angustiaba lo que pudiera ocurrirle en ese lugar nuevo".
- "No me sentí muy bien, porque no estaba acostumbrada a dejarle con gente que no conozco".

Muchos reconocen que les preocupa dejar a los niños en manos de desconocidos; uno de ellos escribió: "Para un padre es difícil, porque tiene que confiar lo que le es más precioso, su hijo, a gente que, en realidad, no conoce bien". Otros recuerdan sus propias experiencias de separación; un padre reconoció que se sentía "nervioso, inquieto y atemorizado". "Reviví recuerdos lejanos de mi primer día de colegio, un día que había estado esperando ansioso durante meses". Otro dijo estar "un poco triste y lloroso cuando la dejé allí el primer día; pensé en todas las separaciones que yo había vivido en el pasado, y en todas las que todavía nos quedaban por pasar". La madre de un niño de treinta meses recordó especialmente el tercer día: "Fue, sin duda, el más traumático para ambos. Me fui del colegio y le dejé allí; él llora-

ba, y yo volví a casa hecha un mar de lágrimas, sintiéndome culpable por vivir en una sociedad que separa a los niños de sus madres a tan corta edad. Esa tarde, cuando llegué a recogerle, él estaba entretenido escuchando un cuento. Cuando me vio, nos abrazamos y lloramos como si hubiera sido una separación muy larga".

Todos los padres admiten sentirse mejor después de pasadas algunas semanas, y usan términos como: *maravilloso, confiado, aliviado, seguro, positivo, bien* o *cómodo*. Estos sentimientos positivos se consolidan porque la separación es gradual y porque ven que los niños son felices. "Le gustaba, así que me sentí de maravilla, porque los profesores le trataban bien y él estaba contento con los demás niños. Me di cuenta de que se lo pasaba fenomenal allí. Los profesores fueron un magnífico apoyo, tanto para mi hijo como para mí". Un padre resumió muchos sentimientos de otros padres en una sola frase: *Uno se siente aliviado cuando ve que el niño es feliz*.

Confiar en el personal docente parece ser la pieza clave a la hora de que los padres abandonen sus angustias:

- "Sabía que estaba en buenas manos".
- "Me sentí mucho mejor de lo que hubiera imaginado. Era un paso más, pero ya nada angustioso ni preocupante. Confiaba en el personal de la escuela".

Algunos padres subrayan la ayuda que esto supone para madurar:

- "Sigo disfrutando del tiempo que pasamos juntos, leyendo, jugando y experimentando cosas nuevas, pero los dos somos más felices siendo capaces de crecer por caminos separados".

Sin embargo, el hecho de que los padres se preocupen menos después de pasado el primer momento de la separación no significa que sus miedos iniciales hayan desaparecido por completo. Una madre, emotivamente, admitió:

- "Me pregunto si hicimos la elección adecuada. Hay momentos durante el día en que la echo terriblemente de menos, pero me reconforta el hecho de que esté tan cerca de donde trabajo, porque puedo acercarme a verla y comprobar que está al cuidado de magníficos profesionales.

Supongo que podría ir a verla más a menudo, pero sólo el hecho de pensar que luego tengo que marcharme me detiene. Ya ve, no se me dan muy bien las despedidas”.

¿Cómo pueden sentirse los profesores?

Puede que seas de esos que se sienten extremadamente seguros de sí mismos cuando empieza el curso y te ilusione la perspectiva de conocer un nuevo grupo de niños. Tal vez, por el contrario, no te mueras de ganas de que llegue ese momento. Estar rodeado de padres durante varios días te incomoda; algunos son autoritarios, otros no parecen interesarse por nada, y tanto unos como otros te hacen enojar; lo que tú realmente quisieras es que se fueran lo antes posible; por no hablar de los niños, sobre todo los llorones: ¿hasta cuándo van a estar llorando? Los principios de curso suponen una elevada tensión y una gran carga emocional. Luego, una vez que la rutina se haya establecido y los niños se sientan ya cómodos, respirarás aliviado y sentirás que podrás por fin dedicarte a la tarea de enseñar.

No tiene nada de raro que los profesores sientan los mismos temores e inquietudes que los niños y sus padres. Los maestros -como los padres- también han sido niños, y tienen sus propios recuerdos de cuando empezaron a ir a la escuela, algunos positivos, otros tal vez no. Esos recuerdos influyen en cómo te sientes el primer día de clase, y también el modo en que te hayan afectado otras experiencias de separación: el fin de carrera, cambios de trabajo, mudanzas, divorcio, matrimonio, muerte, etc..

De todos esos sentimientos, los que se refieren a los padres pueden, en particular, ser fuente de conflictos. Tal vez tú desees que abandonen el aula antes de que sus hijos estén realmente preparados para ello, o quizá entres en discusión con alguno sobre lo que al niño le resulta más conveniente. A menudo, tratar con los padres hace aflorar en los profesores lo que éstos sienten -o sentían- hacia los suyos.

A un grupo de profesores que participaba en un seminario sobre la separación se le pidió que pensaran en una palabra asociada a la idea de separación. He aquí algunas de sus respuestas:

temor	enfado	tristeza
ansiedad	descontrol	ayuda
dolor	rechazo	distancia
soledad	salida	desdicha

Para casi todos, *separación* era una palabra que conjuraba toda una gama de sentimientos duros e inestables. Cuando comentaron sus respuestas, exploraron las razones de esas asociaciones negativas, y vieron que esos sentimientos suyos actuales se hallaban fuertemente condicionados por las experiencias anteriores de separación que habían tenido y por cómo les habían tratado sus padres al tener que separarse de ellos. “Me dijeron que tenía que ser buena chica, una niña mayor, y no llorar. Yo debía tener entonces unos cuatro o cinco años”, recordó una de las participantes. También recordaron otros señalados acontecimientos del pasado -el nacimiento de un hermano menor, o la ausencia de los padres durante un periodo prolongado-, como posibles influencias en sus sentimientos actuales.

Algunos encontraron que en la separación había elementos agradables -como el hecho de ser el centro de la atención o el tener que aventurarse a algo- pues conducían al crecimiento intelectual y a nuevos niveles de confianza en uno mismo.

Si te pones a examinar, seguramente encontrarás que muchos de los sentimientos que aquí hemos señalado coinciden con los tuyos cuando empieza el curso, o cuando un niño entra en tu clase. Comprenderlos hará que puedas estar atento cuando veas que se manifiestan también en los padres y en los niños.

EL IMPACTO DE LA SEPARACIÓN ES COMPLEJO

La separación afecta a los niños, afecta a los padres y despierta sentimientos en los profesores. Empezar el colegio puede ser emocionante, pero también incómodo. Junto a los niños que están encantados llegan también los que lloran, acompañados por padres que se sienten nerviosos o tensos. Muchas veces los profesores se daban en el dilema que plantea satisfacer al mismo tiempo las necesidades de los niños, las exigencias de los padres y sus propias inclinaciones.

- “¿Dónde pongo su abrigo?”
- “¿Puedo hablar con Vd. un momento en privado sobre Melisa? Verá: es una niña muy sensible”.
- “Por favor, no le deje que beba mosto: se mancha toda la ropa”.
- “Mamá. Quiero a mi mamá. ¿Dónde está mi mamá?”

Al final del primer día, la cabeza te dará vueltas, con todos los problemas de padres y niños acumulados, mezclados con las preocupaciones y el nerviosismo que implica el tener todo un curso por delante. Un acontecimiento que provoca tantas emociones y tantos recuerdos está destinado a suscitar reacciones en todos aquellos que se ven envueltos en él.